

SAMPLE  
TRANSLATION

NATAŠA KRAMBERGER  
EL CIELO EN UNA  
MORERA,  
UNA NOVELA EN  
CUENTOS

PUBLISHED BY: JAVNI SKLAD REPUBLIKE SLOVENIJE ZA KULTURNE  
DEJAVNOSTI - REVIJA MENTOR, 2007

TRANSLATED BY: ESTEFANIA QUIROGA

ORIGINAL TITLE: NEBESA V ROBIDAH: ROMAN V ZGODBAH

NUMBER OF PAGES: 271

Nataša Kramberger: EL CIELO EN UNA MORERA,  
una novela en cuentos

*A las raíces*

*A Malna y Lenart,  
Mamá y Primož  
y a Daniele*

*con amor.*

En vez de una bicicleta, compró una manzana.

Tres kilos, doce manzanas y la señora del puesto se reía junto con la pelerina.

- Cuando llueve son más ricas.

En Amsterdam, a las tres, las gotas caían sobre el mundo y por la pelerina. Los charcos crecían a largo de los puentes y por la feria.

A la orilla del canal los ladrones revendían bicicletas.

- Bike, bike.

En vez de una bicicleta, compró una manzana.

Su bisabuelo había sido un músico de pueblo y había tocado el cuerno en bautismos y entierros.

Su abuelo había sido sepulturero, y antes de eso confiscador de televisores. A aquellos que no habían pagado y a aquellos que no querían mirar, les embalaba los televisores. Con cinta scotch y lacre.

Su mamá escribía discursos fúnebres. A veces los leía vestida con una blusa negra y a veces con zapatos negros.

La verdad es que no sabía bien para dónde tenía que mirar cuando el autobús la llevaba y cuando abría la puerta. Entonces agarró la mochila y el bolso, y mamá dijo:

- ¿Tienes dinero?

En lugar de asentir, se acordó de que justo ahora el saúco iba a florecer. Después pasó Lojz por ahí y arruinó todo. Preguntó si había en casa algún trago y mami le dijo que esperara, y se puso a mirar el saúco, los abedules y la ladera y el camino largo; después, Fanika le gritó a Lojz:

- Otra vez pidiendo, maldito viejo,

el chofer tampoco fue bueno con ellos, dijo vamos, demonios, ella todavía no se había subido, todavía no le había dicho a mamá que tenía suficiente dinero, nada de nada.

Y nada. Y nada.

Y siempre había sido así.

...

...

Lo importante es que, a su debido tiempo le había dicho mamá, ya es hora de que tengas siempre en tu bolsillo un caleidoscopio.

En vez de una bicicleta se compró una manzana. Tres kilos, doce manzanas y la señora del puesto se reía. También se reía su pelerina y en Amsterdam llovía, diluviaba y ella dijo:

- ¿De dónde trajeron esas deliciosas, señora?

Ya se fueron todos, ay, cómo diluviaba, la lluvia lavaba Amsterdam, tanto, que si ésta no fuera de piedra, se desharía. La señora sacudió la cabeza, no entendía inglés ni esloveno, no entendía nada más que holandés y ya se había mojado toda, perdón señorita, dijo, no entiendo.

Después le regaló una bocina para la bici, no sabía exactamente por qué, pero si no era importante, ay, cómo diluviaba; y se fue.

Se quedó parada en medio de la lluvia con las manzanas y la bocina en la mano, miró a lo largo del puente mojado y vio cómo allí mismo, un hombre vendía sólo un pez.

Vivo, vivo.

Con bigotes y barriga blanca.

Si fuéramos a las montañas Pacaraima hasta el monte Ayanganna, encontraríamos el río Potaro, que desemboca en el río Esequibo. En el medio pasa por las cataratas Kaieteur y de las cataratas Tumatumarum trae consigo bastante oro y muchos diamantes. En las cataratas Tumatumarum, hombres, mujeres y niños lavan oro y diamantes, y sólo a veces, allí, en la bajada del río Potaro, entre el barro y el oro, los rodean peces sagrados, con bigotes y barriga blanca.

- ¿Señor, está bien, señor?

Si fuéramos hasta el monte Guosongmucha en el cantón Zadoi en la prefectura autónoma tibetana de Yushu en la provincia de Qinghai, encontraríamos el río Zajaqu que se convierte en el río Lancang Jiang, también llamado Dza Chu, río rocoso que atraviesa la provincia de Yunnan y significa algo así como al sur de las nubes; y que allí cambia su nombre a río Mekong, en el que una vez los pescadores atraparon un monstruo de río con bigotes y barriga blanca que después se comieron ya que el monstruo era sagrado y les prolongó la vida y también se la colmó de felicidad. Ninguno de los pescadores sabía de dónde viene el río Mekong al que llamaban río sagrado, puesto que el río Mekong que atraviesa la provincia al sur de las nubes y antes el Tíbet y un poco antes la provincia de Quinghai, nace en las montañas lejanas y altas y nevadas. Así es que por mucho tiempo nadie supo dónde nacía el río sagrado ni cómo se lo llamó desde siempre. Recién hace poco, recientemente, algunos viajeros han seguido el águila, se resguardaron de las avalanchas, fueron derecho hasta el nacimiento y dijeron que no había ninguna duda, que el río Mekong primero se llama Zajaqu y viene del monte Guosongmucha que está en las nubes.

- ¿Señor, está bien, señor?

En el río sagrado Urubamba debajo de la montaña Macchu Picchu, durante la temporada de lluvias nadie pezca, ya que el río está imposible y las aguas son salvajes; los espíritus incas atrapan peces para sí mismos y para sus hijos incas. En los remolinos salvajes los pezcán debajo de la tierra y también en el cielo. Al que entonces arrojará la boya se lo llevaría junto con ella, lo arrastraría el río sagrado Urubamba debajo de la montaña sagrada Macchu Picchu. Los espíritus incas se lo llevarían a la tierra o al cielo. No había visto el remolino debajo de sus pies, no había escuchado las lluvias que venían y no sabía adónde mirar cuando la vieja lo sacudía para todos lados y se le revolvía el estómago:

- ¿Señor, está bien, señor?

En lugar de asentir, se acordó de que en casa justo ahora las uvas iban a madurar. Después empezó a diluviar sobre él, cada vez más lluvia y la vieja le dijo que esperara. Después se levantó y parecía una paloma, sacudió la cabeza como una paloma y se había tejido con los dedos, como una paloma, dos largas trenzas de pelo negro y las había puesto debajo del sombrero.

Después se fue.

- Coma, señor, coma,

la vieja había sido buena con él, le había pelado una papa hervida y se la había puesto en un plato y también había otra vieja que le había vendado el pie y la tercera vieja le cuidaba la boya como si fuera milagrosa, como si lo fuera.

Como si lo fuera. Como si lo fuera.

Y así fue hasta su partida.

...

...

Las viejas a la orilla de los ríos son importantes, pensó aquella vez, porque tienen conexión con otras viejas.

A las tres, en Amsterdam, se quedó parada con las manzanas y la bocina en la mano, miró a través del puente mojado y el hombre del lugar vendió un pez, vivo, con bigotes y barriga blanca.

- Oh, señor. ¿A cuánto ese pez?
- Oh, señorita. ¿Cuánto le costaron esas manzanas?
- Oh, ..., toda una fortuna por kilo.
- Oh, ¿..., por cuatro manzanas?

Oh, dijo ella, podemos jugar también a las matemáticas, señor, podemos jugar a calcular y, con la tabla de multiplicar entre los dedos, podemos quedarnos acá parados sin hablar hasta que pare la lluvia. Y si ahora dejamos libre a su pez, ahora que el mundo está tan lleno de agua, quizá nos lleve nadando al cielo.

Oh, dijo el hombre, disculpe, señorita, entiendo, perdón. ¿Pero son buenas?

- Cuando llueve, aún más. ¿Por qué está vivo?
- ¿Qué, el pez?

Blanco, con bigotes y, si lo mirabas en el momento justo y con el caleidoscopio, cola en zigzag; ella dijo:

- ¿Y ahora qué?

## Primera parte

### Por la tarde

el sol siempre brillaba inclinado a través de la iglesia y el reloj siempre marcaba las dos y diez. Diez minutos antes en el reloj del campanario, ellas jugaban a la orilla del arroyo del pueblo, en algo que parecía un pozo ciego, allí, bajo el puente, ese que una vez casi se llevó la inundación y que quedó intransitable por dos días. La abuela todavía sentía vértigo cada vez que tenía que cruzar algún puente; aquella vez el agua la había arrastrado de la iglesia a la capilla y le había llevado el zapato izquierdo.

Por la tarde el sol siempre brillaba a través de las piedras a la orilla del arroyo y las algas se achicharraban si las tirabas más arriba. Las dos estaban paradas muy cerca del agua, la primera dijo, y ahora qué, y la otra: no te preocupes ni un poquito, yo sé cómo se hace.

En todo caso eran una combinación graciosa, las dos iban a “primero A” y a veces iban juntas al arroyo. La primera era un poco corta de vista, usaba unos anteojos rojos bastante tontos con un cordón también tonto, que el señor de la óptica insistió era muy práctico para los niños pequeños y no molestaba al jugar. La otra era un ratoncito de iglesia, quería hacerse monaguillo pero no la dejaron porque era una nena.

Por la tarde fueron al arroyo y cuando estaban achicharrando algas, la de la iglesia dijo, escucha, por qué no estás bautizada. Cristo, bueno, dijo la de los anteojos, no estoy (no tenía idea de cómo explicar que su mamá había llevado la *štafeta*<sup>1</sup> de Tito y había dirigido con la brigada la instalación del acueducto a lo largo de toda la comuna de Benedikt; su papá, también rojo, creía realmente en la teoría de la violencia religiosa,

eso era para él el bautismo). Entonces no tienes ni papá ni mamá, aburrió la cristiana; con el bautismo todos recibimos a la Santa Madre María y a Dios Padre. Mi mamá también se llama María, dijo la de anteojos y el ratón de iglesia le pegó en la nariz. Tú de verdad que no sabes nada, ni nombre tienes, boba; Dios le da un nombre a todos los de esta Tierra en el sacramento del bautismo.

Entonces la primera dijo, y ahora qué; y la otra: no te preocupes ni un poquito, yo sé cómo se hace. A las dos y diez según el reloj de la iglesia, el ratón de iglesia exclamó, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo te bautizo con el nombre de Santa Jana. Le vertió medio arroyo en la cabeza, por lo que a la Santa Jana el pelo le apestó a pozo ciego durante tres días. La Tierra había recibido a una nueva hija de Dios y el sol todavía brillaba inclinado. Pero yo no quiero ser Santa Jana, dijo la niña. Nadie te

pregunta tampoco cuando tienes dos meses de edad, qué te gustaría ser, le dijo la que sabía cómo se hacía. No es realmente importante, después de todo el nombre es pura formalidad.

---

<sup>1</sup> Batuta usada en la tradicional carrera de relevos que se celebraba en los tiempos de la Yugoslavia de Tito. (N. de la T.)

Por la noche, cuando ya no hubo más sol, el reloj de la torre todavía marcaba las dos y diez. Santa Jana hacía la tarea. El cálculo es un juego y pensó, caray, esta pobre sí que recibió la violencia religiosa.

Dos días después a las dos y diez, por pura formalidad se anotó a catequesis. Mamá María del shock, casi estira la pata.

## Por la tarde

siempre traía del trabajo recipientes con el almuerzo y la pequeña siempre estaba en casa. Había tres recipientes con el almuerzo y hoy traía puré con estofado de pollo. A todos los maestros el sueldo les incluía el almuerzo y lo recibían para cada miembro de la familia, se lo podían comer en el comedor escolar o se lo podían llevar a casa. El comedor de la escuela siempreapestaba a fideos hervidos de más y a patas de cerdo. La vieja cocinera siempre los atiborraba tres veces más de lo normal: sí sí, para el pequeño, así crece.

Se paró en medio de la cocina del apartamento y de los recipientes con el almuerzo salía humo. También salía humo del stoenka<sup>2</sup> que estaba debajo de la ventana, todavía sobresalía la nueva lavadora del baúl abierto y cuatro hombres discutían alrededor. Las bujías, dijo el portero de la escuela; el motor, dijo el profesor de gimnasia; el agua, dijo Roškarič. Puso los recipientes con el almuerzo en la cocina y maldijo las bujías que se quemaron, y el motor que no prendía más, vaya a saber por qué. Se fue al balcón por un poco de soda, del refrigerador sacó un vino y les llevó un spritz a los hombres.

- ¡Hinko!

Gritó la vieja cocinera desde la escuela, ¡Hinko!, borracho vago, vuelve así me cambias la bombona. El portero agarró un vaso de spritz y lo inclinó, uf, entonces se reclinó por encima del motor y sacó un cigarrillo, sí sí, bujías/motor/agua seguramente, después se enderezó, blandió el vaso hacia el jardín de modo que volaron para afuera las últimas gotas de agua y vino, exhaló el humo y levantó la mano en dirección a la cocinera, ¡oh, qué tanto gritas!, ya voy. Después levantó el vaso para donde estaba ella, para que le llene el vaso con otro spritz, más vino – menos soda, los otros tres sacaban la lavadora del baúl del auto. En la aduana no hubo ningún control, exactamente como habían acordado con Drejc, y si no les hubiera empezado a salir humo del capó justo pasando la frontera, todo habría sido más rápido. Pero qué bueno que todo se fue al diablo recién después del límite con Austria, condujeron un poco a velocidad mínima, lo arrastraron un poco y sólo tuvieron que empujarlo en el último cerro.

La lavadora brilló en el jardín delante del edificio y el vecino estaba embelesado. La señora había dado a luz mellizos y ahora tenían una lavadora nueva, de Austria, la habían contrabandeado

---

<sup>2</sup> Coche de fabricación yugoslava, literalmente “el ciento uno” (N. de la T.)

con el stoenka y un colega en la frontera. También habían contrabandeado el jabón en polvo, una bolsa de veinte kilos y un litro de suavizante. Salud, gritó, por los colegas.

Les sirvió una ronda más – las bujías de reserva están debajo del asiento, Hinko – y la vieja cocinera otra vez chilló desde la escuela:

- ¡Maldito viejo, si no vienes en seguida, te voy a meter la bombona por la trompa!

El portero dejó de lijar, cambió las bujías, agregó agua y aceite y el motor encendió. Movié la mano con el vaso vacío en dirección al jardín, oh, si ya le dije, las bujías; y se tiró en el pasto y se prendió un cigarrillo. Dejó el motor encendido para que el stoenka siguiera funcionando en el lugar. Delante del edificio ya se reunían todos los inquilinos, la lavadora brillaba blanca como ropa limpia, y a nadie le quedaba claro cómo la habían metido en el baúl del stoenka.

- ¡Sólo atado con una cuerda! Madre mía ...

Juntó las botellas vacías y se metió para adentro. Los recipientes con el puré ya se habían enfriado y por todo el apartamento se olía el estofado de pollo. Miró el reloj: tengo que ir a lo de mamá a buscar al pequeño, qué-bueno-que-arrancó-el-auto. Encendió el gas de la cocina, al mínimo para que no se quemara el puré. Al pasar se arregló un poco el peinado con dos horquillas azules. Puso los platos, tres, la pequeña no comía. Seguramente ya había almorzado en la escuela con sus compañeros después de clase, y ya debería estar volviendo a casa: fui a la tienda a comprarme un cuadernito rayado y después fui a catequesis con Natalia y Simona.

...

Fui a la tienda a comprarme un cuadernito rayado. Y después fui a catequesis con Natalia y Simona. A catequesis.

Ca-te-que-sis.

...

El reloj en el campanario marcaba las dos y diez, delante del edificio estaban los inquilinos y la pequeña había dejado una notita diciendo que se había ido con Natalia y Simona a catequesis.

## El señor

párroco era uno bien jovencito porque el viejo se había muerto; para esa ocasión, la abuela la había llevado a la iglesia y todos salpicaban al muerto con ramitas que mojaban en un plato con agua. La abuela dijo que era agua sagrada porque estaba bendecida y las ramitas eran de olivos que crecen en el mar. Entonces todos rezaban alrededor del muerto y unas señoras viejas hasta lloraban. Más tarde, los monaguillos trajeron ollas humeantes y la iglesia se llenó de mal olor. La abuela se persignó y una doña se cayó.

El joven párroco tenía puesta una túnica negra y sobre ella una cruz de madera en una cadenita, estaba parado en la puerta y controlaba que todos se sacaran los zapatos y pusieran las pantuflas. Ella no las había traído, maldición, Natalia y Simona no le habían dicho nada.

- Cómo que te dejaste el bolso en casa, lo hubieras traído.
- Señor párroco, ella no tiene pantuflas.
- Señor párroco, dígame usted que tiene que entrar descalza al aula.
- Señor párroco, mire, tengo nuevos aritos.

El ratón de iglesia se ubicó justo debajo del párroco y se paró en puntitas de pie. El sábado le habían perforado las orejas en Maribor así que ahora tenía todo lastimado, pero eso se va en un par de semanas. Los aritos eran chiquitos y redondos y tenían un diamante dentro. No auténticos, falsos, como en las películas.

- Señor párroco, ella no está bautizada.

Se sacó los zapatos y entró descalza, casi dijo buen día pero a último momento escuchó lo que decía Simona, el piso estaba lleno de barro porque el día anterior había llovido y en la ventana había un hueco. En las manos sostenía el librito rayado, se ubicó al lado del ratón de iglesia y miró al párroco, que era muy joven y que tenía alrededor del cuello una cadenita con una cruz. Éste asintió con la cabeza y le sonrió. Ella no supo por qué, pero se agachó suavemente, dobló un poco las rodillas y como todos dijo:

- Alabado sea Jesús.

## Señora

me dijo, tenga cuidado, no le vaya a pasar lo mismo que a mi hermana, que cuando se le murió el marido se olvidó de sacar su dinero del banco y recién después de medio año le respondieron, tenía veinte años de jubilación en la cuenta y quedó todo en la nada, tenga cuidado señora, claro sólo que el suyo tomaba, claro, así andan diciendo todos, me dijo, no me dio ni la mano es que yo tenía el ikebana en el regazo, catorce gerberas amarillas y en la tumba lloré por el borracho... Se quedó parada estupefacta en medio de la cocina y sacaba pañuelos y más pañuelos y un rollo de papel higiénico. Estaba totalmente callada, se inclinó sobre la cocina y la viuda vestida de negro lloraba, resollaba, lloraba, gritaba, hablaba, hablaba, se inclinaba sobre su mesa, sobre las tareas de la escuela que habían escrito hoy los de quinto grado, sobre los exámenes de control y sobre el diario del sindicato de los docentes, señora María, señora María, no me guarde rencor que me ahorcaría.

No tocó el timbre y golpeó despacito, cuando se abrieron las puertas estaba parada ante ella en sostén, estaba cambiando la bolsa de la aspiradora y el delantal con el logotipo de la acción de los jóvenes trabajadores se le estaba pegando al radiador. Disculpe, dijo, estoy limpiando el apartamento.

La mujer parada en la puerta al principio solamente la miraba, con un pañuelo negro se tapó la boca y de los ojos le saltaron las lágrimas. Señora María, dijo, yo me ahorcaría. Era la maestra de su hijo, octavo grado, su primera generación de alumnos, el pequeño tenía un aplazo en matemáticas, muy sobresaliente en educación física y quería ser policía, señora María, señora María, nos hemos quedado las dos tan solas, toda la comunidad nos ha dejado treinta toros y cincuenta cerdos, yo la verdad mejor me... Señora María, sepa disculparme.

Le dijo, no sea ridícula, a ver, le preparó un café turco y se sentó junto a ella. La mujer debía ser aún joven, tenía los ojos de un azul desconocido y terriblemente, terriblemente profundos; juntó las tareas escolares para que la tinta no se borronara más, tiró a la basura dos montones de pañuelos y dijo:

- Mis condolencias.

El café turco de a poco se iba acabando en la taza, el silencio había sido bueno con ellas, la viuda había mirado hacia la nada y resollaba intermitentemente, en un momento dijo, gracias por el café, de verdad lo necesitaba, luego se acordó de que tenía que ir a la tienda a comprar una bombilla de cien vatios.

- Todos se ríen en lugar de ayudar. Eso que yo lo dejaba ir todas las noches a la taberna, no es verdad, no era un borracho, señora María, él solito levantó la granja y quería tanto al pequeño, que puso el tractor a su nombre para que sintiera más cariño por la tierra, ahora él tiene un aplazo en matemáticas y ya es el segundo semestre...

No tendría más de treinta, no, no, debía tener su edad o hasta menos (oh Dios, y su hijo ya está en octavo), tenía los ojos tan azules, terriblemente, terriblemente profundos y si no estuviera llorando, su rostro sería asombrosamente bello. Le dijo, venga cuando quiera y charlamos, y no se preocupe por matemáticas, el pequeño es inteligente. La mujer se detuvo y se volvió hacia la sala, miró los estantes con los libros y dijo casi inaudible:

- Señora María, sepa disculparme, tal vez yo... podría tomar prestada alguna novela.

Antes solía leerlas... y ahora por las noches estoy más o menos... sola.

En el pasillo todavía había quedado la aspiradora desarmada y junto a ella había dos bolsas: una vacía y una llena de polvo. El delantal con el logotipo de la acción de los jóvenes trabajadores estaba colgado en el radiador y el reloj del campanario marcaba las dos y diez. Ninguna de las dos sabía bien qué decir, pero tampoco estaban incómodas. Se miraron como para saludarse y todo estaba tan silencioso, en medio del pasillo, ..., hasta que se escuchó un ruido en las escaleras y la puerta se abrió abruptamente:

- Mamá, mamá, al párroco le robaron el ángel del altar.

## Por la tarde

una vez cada dos semanas bajaba al supermercado y al correo. Se puso los zapatos de cuero, su trajecito azul y se ató un pañuelo en la cabeza. En el bolso de cuero metió una cartera de cuero y las facturas de la electricidad, del agua, de la televisión y un pañuelito de lino. Los últimos tres meses también metía los anteojos para mirar de cerca. Por las dudas.

- ¡Pep, me voy, Pep!

Se fue a la depensa por la canasta, en el fondo puso el mantel de algodón y arriba metió el bolso. Se miró en el espejo, un rizo se le deslizó por la frente, todavía negro como un cuervo. Se lo acomodó como al pasar, con dos horquillas azules. Se limpió la cara con el pañuelo, ay-Dios-mío-cómo-transpiro. Tomó la canasta con el bolso y salió.

- ¡Pep, escuchas, me voy!

Cerró la puerta y dejó la llave debajo de la esparraguera. Bajó despacio la escalera, sosteniéndose en el pasamanos y tras ella salieron todos los diez gatos, justo ayer una de las gatas tuvo cría, quién-sabe-dónde-están, seguramente la mamá los habrá escondido por ahí, arriba del establo.

- Oh,

gritó Pep, desde el peral, desde el ciruelo, desde el tractor o el tilo, sabe-Dios-desde-dónde,

- ¿Qué, ya te vas?

La calle cuesta abajo no estaba asfaltada y la tormenta se había llevado la arena. Subiendo pasó por el establo y por donde estaba el tilo, por donde estaba el nogal y al lado del pozo ciego encontró a Pep.

- Qué gritas, diablos, que no veo ni dónde estás.

Después le sonrió y él le devolvió la sonrisa. Alrededor del tilo volaban escarabajos y cerca del pozo ciego escarbaban las gallinas. Uno de los gatos la había seguido y ahora estaba echado al sol. Pep, con el dedo índice y el mayor, se tocó rápidamente la ceja derecha para saludarla. En la cabeza llevaba una gorra de trabajo de lino y en las arrugas de la sonrisa le aparecieron gotas de transpiración. Ella caminó despacio junto al mustio macadán, llevaba la canasta en la mano.

El sol brillaba en el establo y en el macadán, en la curva ya empezaba el asfalto. El gato dio la vuelta y regresó, los escarabajos zumbaban alrededor del tilo. Todavía tenía el tenedor en las manos y ahora se apoyaba en su vara. La vio andar en su trajecito azul desde la curva hasta el sauce, pasando por la capilla hasta el transformador. Luego vino una curva más y desapareció tras el maizal.

Por Dios,

dijo, en la pequeña oficina, entre la humedad y los papeles, un espíritu que siempre estornudaba, cuando ella entraba, achís, salud, la encargada de la oficina postal detrás del mostrador sellaba lentamente, en la fila estaban Mima de Krajner y las dos Štefanič, en el exhibidor ya estaban

puestas las tarjetas de pascua, nuevas. Todos los años lo mismo: conejos, huevos e inscripciones doradas de Felices Pascuas, el año pasado recibieron por primera vez esas musicales que empiezan a sonar cuando las abres y cuando las cierras paran.

Cerró la puerta y curiosamente la fila se dividió, Mima de Krajner en seguida se le puso enfrente, con un bolso de cuero en la mano, por Dios, dijo, vino usted a buscar la jubilación. Detrás del mostrador un cartero joven se exasperaba con la encargada vieja, que dónde puso el paquete para la familia Žerjavc, diablos, yo lo puse en el estante y ahora no está. La encargada dejó de sellar, niño, cuida el lenguaje, se cambió de lugar y siguió sellando.

Y dijo, por Dios, achís, que Dios te ayude, achís, salud, Mima de Krajner tomó tres tarjetas del exhibidor y se paró delante de ella, por Dios, vino usted a buscar la jubilación:

- Usted tampoco donó, ¿verdad? Yo voy a ir hoy, vine al correo para ver cuánto es la jubilación y después voy, aunque no va a ser suficiente, es que somos dos y la jubilación, una.  
- ¿Qué lleva?

Para el párroco, para el ángel. Malditos gitanos, Mara me dijo que los vio cómo merodeaban por la sacristía, le dije, por qué no los echaste, vieja loca, no tienen por qué andar por la sacristía, Dios-nos-ayude, dentro de un mes es la primera comunión y nosotros sin ángel en el altar. Menos mal que nos mandaron un párroco tan joven, él va a resolver eso rápido, aunque escuché, sabe, que de la parroquia anterior lo sacaron porque bebía, pero a mí no me parece borracho, habla bien y es bueno con los niños, es muy amable, por eso le vinieron a robar. Qué quería decir yo,..., usted tampoco donó todavía, ¿verdad?

El cartero joven encontró el paquete debajo del mostrador, justo al lado de los pies de la encargada, y afuera la moto dejó de funcionar porque la había dejado demasiado tiempo encendida. Mierda, y ahora cómo la prendo de vuelta, niño, cuida el lenguaje, qué quería decir yo,..., usted tampoco donó todavía, ¿verdad?

Sacó su bolso de la canasta y del bolso la cartera, a cuánto están las tarjetas, le preguntó a Mima, tengo que escribirle a mis hermanas que están en Alemania. Justo terminaron las dos de Štefanič y la encargada dijo: el que sigue. ¡Oh, ahora vengo yo! saltó Mima, se dirigió al mostrador y no dijo nada más.

- Por Dios, ¿a cuánto tienen las tarjetas?

Cuando la encargada le pagó la jubilación y envolvió en un papel blanco dos tarjetas en sobre blanco y estampilla para el extranjero – para las hermanas en Alemania, ¿no? – Finalmente Mima se fue. La encargada se inclinó, se levantó muy lentamente de la silla, suspiró profundamente, que-Dios-nos-ayude-si-no-fuéramos-tan-viejos, y se apoyó con los codos en el mostrador:

- Vieja loca, piensa que va a comprar el cielo con la jubilación. Recién hoy a la mañana le anunciaron al párroco lo de la colecta para el ángel, y ya le está llevando algo. Pero de todos modos no es suficiente, al párroco le dijeron que cada familia debería al menos contribuir con quince marcos por miembro, es que no podemos esperar todo de la diócesis y necesitamos un nuevo atrio. No es malo, digo, el nuevo párroco y eso que yo escuché, sabe, que de la parroquia anterior lo sacaron porque se metió con una jovencita, pero a mí no me parece mujeriego;

habla bien y es bueno con los niños, es demasiado amable, por eso se le pegan. Bueno, qué quería decir yo..., ¿cuándo va a donar usted?

**S**u bisabuelo había sido un músico de pueblo y había tocado el cuerno y el clarinete en bautismos y casamientos. En la última boda lo picó un avispón y murió con el clarinete frente a la novia, que era joven y linda y tenía las mejillas coloradas.

Su bisabuelo tuvo siete hijos y la mayor era su abuela.

Su abuela había sido la hija mayor en la familia. De joven había tenido el pelo largo, fuerte como una cuerda y negro como un cuervo; la piel, como el cielo. Todos los domingos se fregaba con jabón de castañas y en la foto de la preparatoria estaba parada junto al manzano y se reía como el cielo.

Su abuela tuvo cuatro hijos y la mayor era su mamá.

Su mamá había sido la hija mayor en la familia, era maestra de serbocroata y esloveno, y además escribía discursos fúnebres y brindis para quincuagenarios. Cuando los leía, a veces estaba vestida con una blusa negra y a veces con zapatos negros, a veces en el pelo se hacía la permanente.

La verdad es que no sabía bien para dónde tenía que mirar mientras la llevaba el autobús ni cuando abría la puerta. Agarró el bolso de viaje y la bolsa de dormir, y mamá dijo:

- ¿Tienes el pasaporte?

En lugar de asentir, se acordó de que justo ahora iban a florecer las acacias. Luego pasó Fanika por ahí y arruinó todo. Preguntó tiene en casa algún trago y mami le dijo que esperara, se puso a mirar las acacias y abril y el asfalto largo, después, Lojz le gritó a Fanika:

- Otra vez manguendo, vieja loca,

el chofer tampoco fue muy amable con ellos, dijo vamos, carajo, ella todavía no se había subido, todavía no le había dicho a mamá que ya tenía el pasaporte, todavía nada. Nada de nada.

Nada de nada.

Y siempre había sido así.

...

...

Lo importante es que, a tiempo le había dicho mamá, no tengas agujeros en los bolsillos.

*(Nada de nada.)*

- Pare, pare en la estación, carajo.

- Cómo voy a parar, diablos, si nadie espera.
- ¡¿Pa-re?! ¡¿carajo?!

En vez de en la siguiente estación, en la pequeña cabaña seguía esperando un auto y detrás, mamá. Había logrado tomar el autobús a último momento y tenía rulos en la cabeza. No dijo nada, sólo le puso en las manos: el pasaporte, la bufanda, un kilo de manzanas de la abuela.

## Por la noche

a las ocho y diez, se fue derecho por el puente que atraviesa el canal Oudezijds Voorburgwal cuando de pronto, en vez del frío, era la intensa noche la que presionaba, ssssss, ssssss, oscuridad. Respiró un poco más despacio para que no se escuchara su pánico. Después parpadeó tres veces, fuerte y largo, para que pasara un poco la oscuridad. Húmedo, el canal apestaba a orín y los ladrones silbaban: Bikesss, bikesss. La zona roja al otro lado del puente ya no era más roja, sólo viscosa y ho-rrri-ble. Las luces de la calle estaban mudas, las casas de piedra estaban frías y los tranvías estaban quietos. Las calles angostas iban cada vez más en zigzag y alguien empezó a gritar como un loco. Respiró un poco más despacio para que no se escuchara cómo la sangre le galopaba por las venas, se agachó hacia donde estaba el niño y dijo: Don't worry. Cuando en Europa se iba la electricidad, Amsterdam era oscuridad absoluta.

Bajo el puente un ruido quieto ondulaba hacia el cielo, como si el agua fuera el único elemento todavía vivo, de vez en cuando pasaban cerca, bicicletas desconcertadas y de vez en cuando sus luces movedizas. Estas algunas luces en estas algunas bicicletas que tenían luces y en las que las luces funcionaban. Se agachó allí en el puente, en el remoto centro de Amsterdam, y el niño estaba parado delante de ella, su madre era china y su padre africano, había nacido aquí y ella era su niñera. La miró por encima de las cejas y frunció los labios, no llores, no llores, oh-por favor, el viento doblaba por los canales y frente a sus ojos se dibujaban círculos negros. El niño le apretaba el dedo índice y el mayor y llevaba una gorra en la cabeza. Cuando fruncía los labios parecía una nena y era menudito para sus dos años. La miró por encima de las cejas y esperó que dijera algo más, hasta que dobló un poco las rodillas, se agachó lentamente y se siguió inclinando, se le apoyó en la frente de modo que sus rizos negros se apretaran contra la boca y ella respiró todavía más despacio, le ciñó las dos palmas al cuello, se apretujó contra sus mejillas, y luego se levantó e involuntariamente miró con él: Jana, maan!

En esa ciudad, cada vez que asegurabas tu bicicleta sólo con un candado, de veras te arriesgabas a no encontrarla nunca más. Ahora lo sabía con certeza, ya había buscado eternamente y por todos lados en la zona del canal Oudezijds Voorburgwal, segura de haber dejado la bici aquí, no no, aquí, llevó al niño un poco a caballito y otro poco en brazos, por las sendas para bicicletas y por los puentes, pasando por los postes de luz, las tabernas y los andamios, a través de los canales, hasta que el niño le empezó a pesar como cemento y en la ciudad de pronto cayó la

noche. En total oscuridad adivinó el camino hasta la estación de tranvía – pero si en realidad no están funcionando, si están quietos, si están parados, cómo haremos para llegar – y maldijo su candado, que era delgado y sólo uno, y a los ladrones que se la habían agarrado justo con ella. En lugar del frío, la que presionaba en el canal Oudezijds Voorburgwal era la intensa noche y el niño le habló en una lengua que ella no entendía.

Jana, maan!

Cuando en Europa se fue la electricidad, en Amsterdam le robaron la bicicleta con asiento para niños.

Jana, maan!

Se le rio, apoyado en su cara, la miró por arriba de las cejas y con el dedo índice estiró el brazo al cielo. Maan, maan, cómo que no entiendes, se rio y frunció los labios, su madre era china y su padre africano, cuando fruncía los labios parecía una nena, en medio de la oscuridad y la calma saltaba todavía más; por el puente, a través del canal, menudito, menudito, los ricitos negros se le escapaban por debajo de la gorra y ella se le hacía tan graciosa, ella, sólo ella, en ese puente remoto sin electricidad, señaló el cielo, Jana, Jana, la luna, la luna, maan.

Cuando lo fue a cuidar por primera vez, en la casa de la calle Overtoom, tenía cuatro meses menos y era todavía más menudito. Entró y la saludó por su nombre, Tag, Jana, como le había repetido su mamá todo el día. Se quedó en la habitación de enfrente, ella estaba parada en la puerta de entrada, la miró un rato largo, miró, miró, primero detrás del portal, después detrás del armario, detrás del sofá; inseguro hizo tres pasos más en su dirección y como ella no se movió, corrió para el otro lado con un galope infantil, la tironeó abruptamente de la palma de la mano, para abajo, abajo, y le estampó un beso húmedo en la cara: ¡Jana! Cuando la mamá se fue, lloró tanto tiempo como tardó en ponerle el dibujito del Rey León en el reproductor de dvd. Se sentó en el piso frente al televisor, con rastros de lágrimas en las mejillas y la nariz roja, descalzo, con los labios fruncidos así como cuando parecía una nena, con el dedo señaló el leoncito en la pantalla y después no lloró más. Pronto se dio cuenta de que no hablaban el mismo idioma, a veces le explicaba en holandés, a veces en chino, a veces en la lengua africana y ella le contestaba en inglés, en alemán, en esloveno, repetía después de ella y crecía, le enseñó a repetir con él y ella entendía palabras, frases, las que eran de excepcional significado, por ejemplo comer, por ejemplo tomar, por ejemplo el Rey León.

Maan, maan, Jana, maan!

En Amsterdam, sin electricidad, el silencio era insoportable y los ecos eran sordos. El agua ondulaba bajo el puente y la ciudad le pareció mucho más inestable, como si los puentes se estuvieran balanceando en el agua, en toda esa oscuridad, en todo ese vacío. La atacó un vértigo horrible y le pareció como si en ese momento la fuera a llevar una inundación: la iba a arrastrar desde la zona roja hasta el tranvía y le iba a llevar el zapato izquierdo. De repente ya no había nadie más en las calles, nada de pasos, nada de bicicletas, autos tampoco, claro, en el centro de Amsterdam no circulaban. Miró al niño que ahora ya la tironeaba impaciente de los dedos índice y mayor, y antes de que se los retorciera – y-ahora-qué-y-ahora-qué – finalmente se dio cuenta, de que maan significa luna.

Cuando la ciudad se iluminó y se encendieron también las luces de neón, del cielo sólo quedó una niebla marrón, suciedad, porquería, smog. Si mirabas para arriba durante el día, a veces se veía cómo el viento era el adecuado para las estrellas, sólo que cada vez se diluían en las luces de la ciudad y la verdad es que nunca sabías si al día siguiente llovería o sería otro día más de sol. El niño bailaba por el puente y se le reía; a ella le dio miedo que con ese bailoteo se cayera, sólo eso faltaba ¡que se golpeará! Corrió hacia él y lo alzó, a lo largo del camino se agarró del parapeto y miró para arriba junto al niño, al cielo, que estaba bien bien negro, por todos lados había nubes negras negras y debajo de éstas, tímida tímida, blanca blanca, plateada plateada, brillaba... la luna. Para ser llena le faltaba sólo un pedacito y si no hubiera habido nubes, toda la ciudad habría brillado plateada. Se quedó parada en el puente que atravesaba el canal Oudezijds Vorburgwal y no podía ni imaginarse cómo iba a volver con el pequeño a casa, mientras él miraba la luna y se le cerraban los ojos y fruncía la boca en una sonrisa. El ruido debajo del puente ondulaba hacia el cielo y así la ciudad se balanceaba en sus cimientos; a lo largo del canal había bicicletas atadas con dos o tres candados, con dos o tres cadenas, las luces estaban mudas y en las ventanas titilaban las velas.

Cuando en Europa se iba la electricidad, Amsterdam era bastante más romántica que de costumbre.

- Baby, baby, bikesss?

De las sombras apareció un yonqui totalmente drogado y encorvado, la bicicleta no estaba en mal estado, quince euros, frenos en buenas condiciones. Se empezó a sentir mal y el pequeño de pronto empezó a pesarle, se le durmió en brazos y de a ratos se daba vuelta para un lado, para el otro, como un saco de trigo. El yonqui de la bicicleta

se acercó demasiado, tenía ruedas grandes, los rayos hacia abajo, ahora mismo la podría tomar por el manubrio, la podría agarrar fuerte para que él no la tironeara cuando le diera el dinero, cuando ya tuviera los billetes en el bolsillo; es que hay que agarrar fuerte la bicicleta para que el yonqui no te la robe ahí mismo, así le habían dicho, así se decía, así estaba escrito en las guías de viaje; ahí también decía que nunca compraras bicicletas robadas, no las compres nunca, es contra la ley, ilegal, así apoyas a los yonquis que roban, a los ladrones, a que el negocio siga vigente, nunca las compres, además no tienen dínamo y la lucecita no funciona; y dónde vas a poner al pequeño, no puedes sostenerlo en brazos y perseguir al ladrón en la oscuridad. Se empezó a sentir mal de modo que el pequeño empezó a pesarle, se dio vuelta en el hombro como un saco de trigo, entonces le dio la espalda, »Bastard« le lanzó al tipo cuando se acordó de su bicicleta perdida y de todo, Bastard, y se fue para no pensar, a pie, derecho en dirección a la zona roja.

Las damas en corsé habían encendido velas en los escaparates, los turistas alumbraban con las luces de las bicicletas y los proxenetes tenían baterías y así la zona roja estaba viva, ruidosa e iluminada. El aire todavía estaba viscoso y horrible, un poco menos fresco y un poco más vivo. Aquí el apagón eléctrico divertía a la gente y un borracho gritaba como loco y por encima de su cabeza agitaba histéricamente la bandera PEACE con los colores del arcoíris, salud, exclamó,

¡por el fin del mundo! Le dio un tirón en el músculo del hombro izquierdo y el pequeño se deslizó un poco más abajo, pesando ya tres toneladas, un poco más abajo, mientras dormía.

En la plaza Niewmarkt la manada de gente balaba confusamente frente a la estación de metro, desde la estación de metro, hacia la estación de metro; los policías iluminaban con la sirena e invadía la plaza un pánico animal. Quién robó, qué robó, el metro se detiene. Otra manada de gente todavía estaba prisionera en otra línea subterránea y los bomberos bajaban al túnel para sacarlos. Alguien vio una rata, lo juro, de medio metro, lo juro, con los ojos puestos en una nuez, ¡y se me rio en la cara!

Se dirigió a la calle Amstel por las baldosas mojadas pasando por las horrendas fachadas, el débil brillo de las velas las hacían ver aún más feas y la bóveda le hacía acordar a la cabaña de Krajner, que no existía más.

Cuando a los siete y ocho años iba a practicar piano a la escuela cerca de su edificio porque en casa no tenía un piano vertical, en la sala de música, sola y por las noches, la oscuridad del pueblo era negra como la muerte. A veces salía del edificio en puntitas de pie a enfrentar la noche. En la calle, en el valle, no andaban ni los espíritus, sólo los sapos y las lechuzas, uuuuh. Los arbustos se extendían por la calle de manera que nunca sabías qué se escondía detrás de ellos. Sólo tenía que hacer cincuenta metros y los hacía corriendo, corriendo, corría, cada vez, del edificio a la escuela, subiendo las escaleras cubiertas por los árboles frutales, para arriba, arriba, arriba, hasta la plataforma, hasta la puerta de la escuela, la destrababa con las llaves que le había dado la portera, vieja y amable, abría la puerta y se encerraba dentro, los arbustos quedaban fuera. El pasillo de la escuela era oscuro y largo, el interruptor para encender la luz estaba bien del otro lado, porque los electricistas habían proyectado mal. En absoluta oscuridad corría pasando por la puerta del aula de primer grado, el aula de segundo grado, la puerta del baño de niños y también el de niñas, y cuando sentía con la mano que a la derecha empezaba la escalera hacia arriba, entonces ahí estaba también el interruptor. Luz.

La sala de música estaba en el segundo piso y el interruptor de la luz estaba siempre ubicado al final del pasillo, arriba de la escalera. Se quedaba sin aliento; pasillo, escaleras arriba, pasillo, escaleras arriba, y cada vez a oscuras hasta el siguiente interruptor. La escalera era tres veces más ancha que durante el día y también tres veces más larga; a sus espaldas reinaba un silencio malicioso. Los pasillos eran tres veces más

altos que a plena luz del día y se prolongaban hacia el infinito. Cuando finalmente llegaba al siguiente interruptor un piso más arriba, las luces de neón se encendían lentamente, palpitantes y perezosas, bzzzzzz, los alargados tubos de luz se ponían en marcha un poco pálidos, pero era suficiente. Esperaba a que el haz de luz también cayera escaleras abajo, después volvía corriendo hasta el interruptor de abajo para apagar la luz del piso inferior.

Cuando practicas piano en la escuela al lado de tu edificio, porque en casa no tienes un piano vertical, cuando tienes siete años y también ocho, en la sala de música, sola por la noche, cuando en la sala brillan las luces de neón y fuera es bien de noche, las notas al principio te parecen bastante osadas como para apretar las teclas con toda tu fuerza. En ese espacio estás totalmente sola, en la enorme escuela atrapada en las tinieblas. Por eso a veces presionas el pedal del piano

que hace que todos los sonidos salgan más bajos, bien bajos, y es que el pedal del piano de la escuela estaba roto y funcionaba sólo hasta la mitad. Con este pedal, las notas se volvían un poco más suaves y las melodías rimaban con la noche, que estaba fuera en el pueblo. Y cuando luego, en la sala iluminada, te olvidas de todo lo demás, sueltas el pedal y el piano suena a todo volumen, la escala en sol mayor atraviesa los cristales hacia el exterior de modo que se escucha hasta en la plaza frente a la iglesia y que tu interpretación se convierte en un acompañamiento para la noche en el pueblo. Desde la sala del segundo piso el preludio infantil suena por el césped vacío, en las sombras, los arbustos, la negrura, por los jardines nocturnos, música, frente a la taberna, por los campos labrados, las praderas, en el arroyo, en la cabaña de Krajner, que es horrible y frente al autobús que trae desde Maribor a los trabajadores demorados y a los universitarios. Los pasajeros adormecidos bajan del autobús al pueblo oscuro y mientras vuelven a casa por los caminos de macadán, pasando por los arbustos crecidos y los bosques salvajes y los árboles frutales, suena el piano do re mi fa sol la si do, con la tecla del fa sostenido fuera de tono, esa que es de color negro y que alguien apretó tanto que se desafinó.

Cuando por la noche suena un piano en la tranquilidad del pueblo, se lo escucha bastante más lejos que de costumbre.

La sala de música se cerraba con llave. Había que llevar la llave a la sala de maestros que estaba en el tercer piso. Al lado estaba el ático. Oscuridad. En el ático había un esqueleto. Lo había visto una vez, cuando el secretario de la escuela buscó ahí unos marcadores que después ella tenía que llevarle a la señorita. El esqueleto estaba hecho de huesos y por lo tanto, muerto; estaba colgado en un pie y arriba un cartelito que decía: HOMBRE. La llave de la sala de música se colgaba en un ganchito en la sala de maestros y hubiera querido gritar de miedo. Miraba con atención: la puerta del ático había quedado cerrada. Do re mi fa sol la si do, corría hacia abajo, do si la sol fa mi re do. ¡Afuera! Cerraba la puerta de la escuela con la llave que le había dado la portera, vieja y amable. Cerraba la puerta y salía, pero el esqueleto quedaba dentro. En el camino a casa le sonrió la cabaña de Krajner, que estaba vieja. Tenía dos bóvedas que eran como un hocico y que se la querían devorar. Un viernes a las tres, cuando volvía de la escuela y tenía catorce años y, la cabaña se autodestruyó. Para siempre.

¡Piii-piii-piiiiip! Dobló en la primera calle, por donde pasaban coches y frente a sus ojos se dibujaron círculos de fuego. En la calle Amstel en el medio de Amsterdam brillaban luces cortas, luces largas, faroles y linternas; los coches iluminaban el ambiente y doblaban hacia la fila delante del semáforo, negro. El niño en brazos se dio vuelta para el otro lado como un saco de cemento. En tal embotellamiento neurótico, era una utopía buscar algún taxi o autobús, así que respiró hondo y cruzó la calle hasta el puente que atravesaba el canal Herengracht que iba paralelo a la calle Amstel y que estaba atrincherado en la oscuridad.

Qué altas las casas de Amsterdam, qué angostas, tan juntas que no puedes distinguir dónde termina una y dónde empieza la otra. Si se ven velas encendidas en las ventanas, sus sombras se extienden por el piso y por el canal, por las fachadas comprimidas, angostas y largas, una al lado de la otra, una dentro de la otra; cómo se amontonan las casas de Amsterdam si en las ventanas se ven velas encendidas y fuera hay un apagón. Con el niño en los brazos ya apáticos, cruzó

el canal Herengracht y el canal Keizersgracht y el canal Prinsengracht. Luego se detuvo. Estaba ante ella el Vondelpark, tan grande como Amsterdam de noche, que se le había pegado en la garganta como espina de pescado. El niño todavía dormía profundamente y pesaba cien toneladas. Además de la oscuridad, ahora también presionaba un frío húmedo y del infinito parque negro que estaba al otro lado, aparecía más niebla. Los arbustos decorados se extendían en su dirección y la del niño y las ramas largas y los árboles frutales y los arcos adustos y los abedules, negros. Luego, desde ahí, desde algún lugar en el medio, salieron unas notas débiles, como de ultratumba, uiii, tuiii, liiii, de la niebla y la sombra, un lloriqueo débil, uiii, que ondulaba. Después del sonido vino la imagen. La entrada al parque, ante ellos un artista venido en años que vestía una túnica violeta y una cadenita con una cruz colgada. Se sentó en el piso con las piernas cruzadas y con los dedos tocaba los bordes de un montón de vasos de cristal, llenos de agua por la mitad, un cuarto, dos sextos.

Vasos finos, finos, bordes angostos, angostos, cristal frágil, frágil, ¡señorita, una serenata, sólo para usted!, uiii, tuiii y liiii.

Ya no sentía los brazos y el niño se iba cada vez más para abajo, sin peso, mientras dormía. Pestañó tres veces, bien fuerte y largo, para que el artista se evaporara. Sin embargo él siguió ahí y detrás de los arbustos sonaban unos gritos y alaridos, alguien estaba cantando el himno de la alergia y la trompeta estaba tocando la marcha. Miró hacia arriba, a la luna, pero estaba detrás de las nubes, en lugar de ella, por el parque volaban antorchas. Los artistas circenses se habían acaparado el Vondelpark o los locos o las bestias, uiii, tuiii, liiii, ¡señorita, una serenata, sólo para usted! Respiró un poco más despacio para que no se escuchara como le iba a explotar todo por dentro, apretó fuerte al niño y dijo: Don't worry, mientras él dormía. Se volvió a la calle circunvalar Nassaukade, uiii, tuiii, liiii, los coches pasaban muy cerca con luces brillantes, ¡piii-piii-piiiiip!, se ubicó bien al borde de la calzada, con el niño en brazos, hizo señas, gritó, ¡stop-stop-stop-stoop!, hasta que finalmente le paró un taxi blanco y vacío, exhaló: muchísimas gracias, dank u wel.

*(Nada de nada.)*

- Pare, pare en la estación, por favor.
- ¿Aquí?, señorita, todavía no hemos llegado.
- Pare, pare ahora mismo...

En la estación de tranvía se apoyó en el poste de luz y trató de tomar un poco de aire. Se había bajado del coche a último momento y había vomitado, se le había pegado la oscuridad a la garganta, como una espina de pescado y un sabor a algo repugnante le había revuelto los intestinos, el taxista fumaba luckystrike, la calefacción estaba al máximo, el pinito desodorante olía a vainilla y el niño le orinó tibiamente en los brazos. Ya no esperaba más de sí misma, sólo levantó los brazos: un momento por favor, la luz me ciega.